

Verónica Torres

María Menéndez-Ponte



Duomo ediciones

1. La Filo

Mi colegio era un edificio enorme, de planta cuadrangular y de un color crema deslucido por la lluvia, sin nada especial que reseñar, excepto que estaba situado junto al mar. Pero dentro todo estaba rodeado de un halo misterioso y en él sucedían las cosas más extrañas. Una de ellas era que el tiempo se paraba y las clases podían durar eternamente. Parecía que lo hiciera a posta, para fastidiarme, porque nunca era en gimnasia o dibujo, que me gustaban, sino en las de la Filo.

La Filo era una monja, aunque, si uno la observaba tan atentamente como lo hacía yo, se podía dar cuenta de que en realidad era una tortuga que había sufrido algún encantamiento. Iba vestida con una toca y un hábito negros, de la cabeza a los pies, un babero blanco almidonado y un corazón de latón dorado en mitad del pecho, como el resto de las monjas, pero a mí no conseguía engañarme.

Tenía la piel amarilla y muy arrugada, lo cual me hacía pensar que por lo menos debía de tener cien años (ya sabéis que las tortugas viven mucho tiempo). Su cabeza era pequeña y retráctil. La ocultaba o la sacaba de la toca como si fuera su antiguo caparazón en función de su estado de ánimo, que era muy cambiante: tan pronto estaba de buenas como le daba un ataque de ira que hacía tambalearse las paredes de la clase. Yo era capaz de predecirlo unos instantes antes de que ocurriese, porque sus diminutos ojos se achinaban hasta desaparecer tras unas gafas desmedidas de montura transparente.

La Filo ponía un gran empeño en que fuéramos buenas *amas de casa*. La primera vez que se lo oí decir me sonó a algo importante. Pero cuando vi que para ello había que estar todo el día cosiendo pañitos, decidí que yo no iba a ser tal cosa. Lo que yo quería era ser paracaidista. Me parecía mucho más emocionante volar que llenar un trapo de vainicas y respuntes.

En mis manos la aguja se convertía en un clavo oxidado que se negaba a pasar por la tela, y la hebra se iba enredando en ella hasta transformarla en una pelotilla amorfa de color gris.

Me maravillaba que el pañito de Margarita, a diferencia del mío, continuara tan blanco y primoroso como el primer día.

—Te la vas a cargar con la Filo —me susurró observando mi gurrño.

¡Qué lista, como si no lo supiera yo!

Traté de esconderlo en el hueco de la mano para que no lo descubriera. Pero la Filo, a pesar de tener gafas y unos ojos diminutos, veía todo lo que ocurría a mil metros a la redonda, y su incisiva mirada se clavó en mi pupitre igual de rápida que la del halcón en su presa.

Desesperada, lo único que se me ocurrió en ese momento fue ponerme a rezar para que un huracán la hiciese desaparecer. Ella siempre nos decía que la fe mueve montañas, así que hacer volar a la Filo, que era bajita y mucho más ligera que cualquier montaña, tenía que resultar bastante más fácil.

Pero, como pude comprobar más tarde, la fe era de efecto retardado.

—Verónica Torres, ¿se puede saber dónde está su labor?

Su voz áspera y desafinada tensó todos los órganos de mi cuerpo.

Sentí que tenía la lengua seca, pegada al paladar.

Las cuerdas vocales agarrotadas.

El estómago convertido en albóndiga.

El hígado como un reloj de péndulo.

Y el intestino hecho un nudo.

Me sudaban tanto las manos que, si en ese preciso instante hubiese exprimido la pelotilla, se habría hecho un charco en el pupitre.

Pero ella, ajena al miedo que me provocaba, empezó

a caminar hacia mí como un pájaro de mal agüero que vaticina un desastre.

—¿Y su pañito? ¿Qué es lo que oculta usted ahí?

Al ver acercarse su cara de tortuga vieja, me puse tan nerviosa que, en mi afán por hacer desaparecer la labor, se me escapó de las manos y fue a parar a su nariz, donde se quedó pinchada un instante como una bola en el árbol de Navidad.

Pero, antes de que yo pudiera reaccionar, ya ella se la había quitado de un manotazo y la había lanzado al pupitre de Margarita.

Volví a rezar con todas mis fuerzas para que aquella andrajosa pelotilla desapareciera, pero la Filo le hizo un placaje de jugador de rugby.

Luego la agarró por el hilo que había quedado suelto con el mismo asco que si sujetara una araña por las patas

—¿QUÉ ES ESTO? —bramó.

—Es... es... mi... pañito —balbuceé, muerta de vergüenza.

—¿Le parece bonito? ¿Piensa que con este andrajo puede llegar a ser una buena ama de casa? —me preguntó exhibiéndolo ante toda la clase.

Mis compañeras se rieron como un coro de ovejas.

Me fastidió que lo hicieran solo por quedar bien con la Filo, qué poca dignidad.

Yo me callé. Mi orgullo me impedía contestar.

—¡Vamos, responde! —gritó enfadada.

Su rotunda orden no me dejó otra opción. Sabía que mi silencio le provocaría más enfado.

—Es que... yo no quiero ser ama de casa —musité para el cuello de mi camisa.

Pero el oído de la Filo, igual que su vista, era de primera.

—¿Ah, noooo? ¿Y se puede saber qué piensa ser us-teed?

Cuando la Filo se enfadaba, sus palabras se estrellaban contra las paredes y te provocaban vibraciones en el oído. Así que no me quedaba otra que contestar su pregunta.

—Voy a ser paracaidista.

—¿PA-RA-CA-I-DIS-TA?

El énfasis con que pronunció cada una de las sílabas hizo que le crecieran alas en vez de brazos.

Ya no parecía una tortuga, sino un murciélago de tamaño gigante a punto de abalanzarse sobre mí.

Por suerte, me salvó la campana para el recreo.

Entonces ella recuperó su aspecto de tortuga y dijo con un hilillo de voz:

—Usted y yo rezaremos durante el recreo para que la ilumine el Espíritu Santo.

2. El huracán

Yo no sabía cuántos Padrenuestros y Avemarías habían falta para que el Espíritu Santo descendiera sobre mí.

¿Cómo lo haría?

¿Con ese haz de luz que se veía en las estampas y en los cuadros?

¿En forma de paloma, como les había ocurrido a los apóstoles el día de Pentecostés?

La Filo me arrastró casi en volandas hasta un banco del jardín situado bajo una esmirriada acacia, donde nos sentamos a rezar. La piedra estaba tan fría que el culo se me iba congelando poco a poco. Pero ella no lo notaba porque tenía un montón de sayones negros. Lo menos debía de llevar cuatro o cinco a juzgar por el bulto.

Imaginé lo que tardaría en vestirse, o igual dormía con ellos puestos.

—Padre Nuestro que estás en los cielos...

Así iniciamos el primer misterio del rosario.

Ya os he dicho que en mi colegio todo eran misterios. Y ni se te ocurriera preguntar sobre ellos porque nunca te daban respuestas razonables.

O incluso te echaban de clase por irreverente (una de las palabras favoritas de la Filo; quería decir que no mostrabas respeto).

Muerta de envidia, miraba de reojo a las niñas que estaban patinando.

Un viento racheado las empujaba como plumillas, lo mismo que a las nubes, que hacían carreras por el cielo.

¡Cómo corrían! Parecía que fueran a apagar un incendio. Decidí apostar cuál de ellas llegaría antes a una meta que les puse.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué no responde? Está usted en las nubes, como siempre.

A fuerza de decírmelo, por una vez había acertado.

—El pan nuestro de cada día...

El viento, cada vez más fuerte, hacía ondear la toca de la Filo, que parecía la bandera de un barco pirata. Con un poco de suerte iba a poder verle el pelo, otro de los misterios que rodeaban a las monjas. Margarita opinaba que se lo rapaban al cero, pero Paloma, cuya tía era monja, nos aseguraba que lo llevaban muy corto.

Contemplé fascinada los malabarismos que tenía que hacer para mantener a raya su velo con la mano que no tenía el rosario: si lo agarraba de un lado, el viento se lo

levantaba por el otro.

Luchó un rato, hasta que aquello se convirtió en un auténtico vendaval y tuvimos que levantarnos.

Soplaba con tal fuerza que apenas podíamos dar dos pasos.

Entonces me acordé de la petición que le había hecho a Dios: que un huracán hiciera desaparecer a la Filo.

¿Me habría escuchado el Señor?

¡Menuda fe la mía!

Pero... ¡a buenas horas!

Con nuestras faldas, hinchadas por el viento, parecíamos muñecas rusas.

Y las monjas, calamares en su tinta.

Era un espectáculo.

Enseguida comprobamos que, si nos poníamos a favor del viento, podíamos volar, y nos pareció divertidísimo.

Pero ellas se empeñaban en hacernos entrar en el colegio.

La pobre Filo, sometida a la implacable fuerza del huracán, daba la impresión de una gran fragilidad; a duras penas podía caminar intentando sujetarse el hábito y la toca a un mismo tiempo.

Yo la observaba impresionada, convencida de que en esta ocasión iba a poder verle el pelo.

Y de pronto...

Una potente ráfaga de aire se le coló por debajo de aquellos faldones y los hinchó como las velas de un bar-

co.

La Filo era ahora un globo dando tumbos por el jardín. Me sacaba cierta ventaja.

Una segunda ráfaga, mucho más violenta, le levantó el velo de cuajo y dejó a la vista un pelo ratonil, corto y gris que asomaba por la toca. Paloma tenía razón: no lo llevaban afeitado.

Cuando faltaban escasos metros para llegar a la pista de patinaje, la Filo, como si fuera un velero surcando el mar, salió disparada a propulsión y chocó contra la valla de madera.

—¡Niñas, niñas, quítense inmediatamente los patines y entren en el colegio! —les gritó, muy sofocada.

Y es que, a causa del vendaval, se les veían las bragas.

Para las monjas seguro que era un pecado (casi todo era pecado), por eso la Filo quería salvarlas.

Tan preocupada estaba en lograr la salvación de las niñas, que no se dio cuenta de que el velo se le había enganchado en las ramas de un arbusto.

Yo traté de advertirla, pero el rugido del viento se tragaba mi voz, y se puso a tirar de él pensando que era el propio vendaval el que hacía resistencia.

Hasta que de repente... ¡Zas!

El arbusto le arrancó la toca de cuajo, y la Filo salió lanzada como una catapulta.

Contemplé atónita cómo aterrizaba de rodillas unos metros más adelante y corrí hacia ella para ayudarla.

Pero, la Filo, al darse cuenta de que no tenía el velo, huyó despavorida, tratando de ocultar con las manos su pelo de ratón.

Claro que, si la Filo estaba asustada, mucho más lo estaba yo por esa fe tan enorme que me había sobrevenido de golpe.

¿Y si hubiese pedido que hubiera habido un terremoto en lugar de un huracán?

Habríamos muerto todas.

El impacto que me causó ese pensamiento fue brutal.

A partir de ahora, tenía que reflexionar antes de pedir cualquier deseo al tuntún. A ver si Dios me iba a enviar a mí una de las plagas de Egipto de castigo.

El golpetazo de una ventana me arrancó de mis pensamientos y me obligó a dirigir la mirada hacia una parte del edificio donde se encontraba *la clausura*.

Era un lugar del colegio cuyo acceso nos estaba vedado y donde se cocían todos los misterios de las monjas.

Asomada a esa ventana, vi que había una niña de mi edad que luchaba inútilmente contra el viento para tratar de cerrarla.

¿Quién diablos era?

¿Y cómo había llegado ahí?

¿Y por qué tenía una bata rosa en vez de azul marino?

Rápidamente se disparó mi imaginación calenturienta y pensé si las monjas la tendrían secuestrada, o incluso si no sería un fantasma.

3. Encarna

Cuando llegué a mi casa después del accidentado día en el colegio, me dispuse a merendar un pedazo enorme de bizcocho y unas galletas con dos onzas de chocolate, que iba lamiendo hasta que se quedaban como una lengüeta.

¡Mmm, estaba riquísimo! No tenía nada que ver con el adoquín que nos daban en el colegio y que sabía a tierra.

La merienda era mi comida favorita. Por eso, cuando llegó la hora de cenar no tenía ni pizca de hambre.

Odiaba la sopa, sobre todo, la de tapioca, tan gelatinosa que parecían huevos de rana. Todas las noches me caía alguna de primer plato y en ella echaban una cucharada de jugo de carne que la tintaba de marrón oscuro.

La sopa era tan aburrida como las clases de la Filo.

La terminé a regañadientes, entonces Encarna, la co-

cinera, me puso un filete y cuatro croquetas en el plato.

-No quiero tantas croquetas -protesté-, estoy llena.

Pero Encarna, con sus cien kilos de peso, desconocía la falta de apetito. Y cuantas menos ganas de cenar tenía yo, más comida me ponía ella en el plato.

—¡Come *e cala a boca!*

Solo Antonia, la niñera de mis hermanos, que era buenísima conmigo y siempre me contaba historias y cuentos, podría haberme salvado de esa tortura, pero se había subido ya a acostarlos.

Y tampoco estaba Isolina, al ser su tarde libre. No había salvación posible.

Me metí un trozo de carne y lo mastiqué hasta que se me hizo bola en la boca. Una bola seca, imposible de tragar.

—¡A ver, niña, que es para hoy! —refunfuñó impaciente.

—Estoy llena, Encarna —le imploré, aun a sabiendas de que cualquier súplica era inútil con ella.

—Sí, *chea de larpeiradas...* Pareces un piojo desnutrido. ¡Ay, si yo fuera tu madre!

Vaya perra había cogido con lo de si fuera mi madre. ¡Pues que hubiera tenido ella una hija! Pero cualquiera le decía nada con esa cara de bulldog que tenía.

Cerraba la boca al revés que el resto de las personas: encajando los dientes de la mandíbula inferior sobre los de la superior, y dejaba asomar sus caninos, bastante

más largos que el resto de los dientes. Además, se pasaba el día ladrando; hasta ella misma reconocía que tenía muy malas pulgas. Seguramente también habría sufrido un encantamiento, como la Filo.

—Anda, sé buena, perdóname la carne —le supliqué.

—Ya veremos, termínate primero las *cocretas*, que ni siquiera las has tocado.

—No se dice *cocretas*, se dice croquetas.

—¡Mira tú la señorita del *pan pringao*! Me da igual cómo se diga, que yo no fui a la escuela.

—¿Y por qué no fuiste?

—Porque éramos *probes*. ¿Satisfecha?

—Vale, pues me las tomo —dije con la esperanza de que siguiera contándome más cosas de una infancia que prometía ser apasionante. Ni siquiera la corregí esta vez.

Y para demostrarle mi buena voluntad, me metí media croqueta en la boca. Pero, según entró en contacto con la lengua, la tuve que escupir.

—¡Puaj, qué asco, está dulce!

—¿ASCO? ¡Arredemo! ¡Tú no sabes lo que es pasar hambre, no tienes ni idea! Tenías que haber vivido durante la guerra. Hasta gato comí yo.

La imagen esperpéntica de la barrigota de Encarna con el gato dentro me quitó las pocas ganas que tenía de cenar. ¿Cómo podía alguien comerse un gato? Yo antes habría comido margaritas o hierba.

Pero ese no era ahora mi problema, sino las croque-

tas que tenía delante.

¿Por qué diablos estaban dulces?

Seguro que la muy bruta le había echado a la bechamel azúcar en vez de sal. Y luego estaba ese sospechoso color marrón que tenía la masa...

Eran vomitivas, incomedibles.

—¡Vamos, cómetelas, que no me voy a pasar toda la noche contemplándote!

Intenté meterme otro bocado para que viera que no era por falta de voluntad, pero una arcada hizo que la croqueta volviera a salir propulsada.

—Te prometo que no me las puedo comer, Encarna.

Ella, sin dejarse conmover lo más mínimo por mis súplicas, contemplaba furiosa mi plato con los brazos en jarras, mientras apretaba con fuerza sus mandíbulas de bulldog. Daba la impresión de que en cualquier momento le saldrían espumarajos por la boca.

—¿Conque ésas tenemos? —me gritó.

—Es que están dulces —protesté.

—Muy bien, como quieras, se lo diré a tu padre —replicó muy digna.

—Tienen invitados —le recordé en un desesperado intento por frenarla.

Pero ella, dándose media vuelta, se dirigió hacia la puerta como la generala de un ejército de hipopótamos.

A cada paso que daba, se producía un brusco movimiento de tierra y su inmenso trasero temblaba como

un flan a punto de derrumbarse.

Para pasar por las puertas abatibles, tenía que abrir las dos hojas, ya que no cabía por una sola.

¡Ojalá se quede atascada!, deseé sin acordarme ya de lo que había ocurrido con la Filo. Pero aquellos dos montes temblones desaparecieron de mi vista más rápido que mi deseo.

4. La fe mueve montañas

Encarna no tardó en aparecer de nuevo en el office con una entrada triunfal. Había ganado la batalla y estaba dispuesta a humillarme con el peso de su victoria.

—¿No querías comer cuatro *cocretas*? Pues ha dicho tu padre que te comas ocho —dijo con toda su mala baba.

¿Ocho? ¡Eso era un ejército de croquetas!

Con qué sangre fría decidían los castigos los mayores, sin ninguna consideración. Mi padre no tenía ni idea del tamaño que tenían y por supuesto ignoraba que eran dulces y de color caca. ¿Podía haber mayor injusticia? Me reventaría el estómago. Y el hígado. Me moriría, seguro. Y él se quedaría sin su niña. ¿Cómo no se le había pasado eso por la cabeza?

En momentos así deseaba ser huérfana, como *Mariuca la castañera*, un cuento que leía de pequeña. Me har-

taría de comer castañas, que me encantaban, y no esa bazofia.

—¡Aaay, qué *leria!* ¿A qué esperas? ¿Prefieres que venga tu padre? —me amenazó sentándose enfrente de mí.

Mientras Encarna meneaba con impaciencia la pierna derecha, con sus mandíbulas de bulldog bien apretadas, le pedí a Dios con esa fe que movía montañas que hiciera desaparecer las croquetas del plato. Sé que no se deben de pedir ese tipo de cosas en las oraciones, pero seguro que Dios tampoco se habría podido comer las croquetas.

Y de pronto... ¡Raaas!

La rejilla de la silla de Encarna se rajó con un estrepitoso ruido y su voluminoso trasero quedó empotrado en el hueco.

Me pegué un susto de muerte.

Mi fe acababa de mover dos montañas descomunales.

El monumental trasero de Encarna asomaba por debajo del asiento como un huevo de dinosaurio y sus rollizas piernas colgaban como dos morcillas recién embutidas.

Al verla así, me dio un ataque de risa.

—¡Cagonlaburra! Deja de reírte y ayúdame a salir de aquí —me ordenó.

Parecía asustada. Pero yo no podía parar de reírme, era como la escena de una película de Charlot.

—¡Arredemo de niña! ¡Tira de mí! Pero *a modiño*, ¿eh?

Sus fauces de bulldog rabioso no daban opción a desobedecerla, así que le tendí sumisamente las dos manos para ayudarla a levantarse.

Sentí que mis brazos se iban estirando como dos bastoncillos de chicle, a punto de desencajarse de los hombros.

Pero, a pesar del extraordinario esfuerzo, no conseguí que los cien kilos de Encarna se movieran ni un ápice.

Ella, cada vez más agobiada, se puso a patalear para tratar de impulsarse con las piernas mientras la silla se balanceaba peligrosamente. A mí se me vino a la cabeza la canción de “Un elefante se balanceaba sobre la tela de una araña” y no podía dejar de reír, al contrario que ella, que estaba muy enfadada.

Y de pronto, en uno de esos balanceos, la silla cayó hacia atrás vencida por el peso del pandero de Encarna.

¡Menudo porrazo!

Pensé que se habría roto la espalda, pero sus abundantes carnes amortiguaron el golpe. Ahora parecía un hipopótamo haciendo la plancha en el río Limpopo.

LIMPOPOOOO. Al pronunciar ese nombre, se me llenaba la boca de pompas de colores. LIMPOPOOOOO. LIMPOPOOOOO. Era un río de África. La Filo tenía allí una hermana y a veces nos daba una cabeza de negrito de loza, que era una hucha, para que nuestras familias nos dieran dinero y poder mandárselo a los niños que cuidaba.

—¡Ay, Virgen Santísima, que me he matado, que me he matado! —se puso a chillar.

—¿Cómo te vas a haber matado si estás chillando?

—Anda, *filliña*, ayúdame a salir de aquí. Verás tú la de moratones que me van a aparecer por todo el cuerpo.

Ahora ya no estaba tan chulita.

Intenté tirar de nuevo de ella, pero en esa posición resultaba aún más difícil moverla.

—No puedo contigo, Encarna, será mejor que avise a mamá.

—¡Tú estás *tola*! ¡Ni se te ocurra! —me amenazó con el dedo—. Sólo me faltaba que me vieran así tus padres.

Tenía razón. Se le había deshecho el moño, y las greñas que le caían por la cara, blanca y desencajada, le daban un aspecto de aparecida. Me fijé también que se le habían saltado dos botones a causa del esfuerzo realizado, y su bata de rayas azules y blancas dejaba asomar una combinación de nylon color amarillo.

Sí, definitivamente era mucho mejor que mis padres no la vieran en ese estado tan lamentable. Así que probé a hacerlo de otro modo.

Con el pijama remangado y tumbada en el suelo, me dispuse a empujarla con los pies desde el lateral para intentar darle la vuelta como a una croqueta mientras ella chillaba como un cerdo en el matadero.

Gracias a mi idea, conseguí que se pusiera a cuatro patas, si bien la silla continuaba encajada en su monu-

mental trasero.

Apoyé mi pie en él para hacer palanca y, cuando ya mis brazos estaban a punto de desprenderse de mi cuerpo...

¡Zas!, Encarna, como la mujer cañón del circo, salió despedida.

Creí que soltaría un montón de palabrotas de las suyas, pero no dijo nada, estaba muy pálida y con las fuerzas mermadas.

La ayudé a levantarse y se fue cojeando hasta la cocina.

Yo no la seguí; me pareció más prudente observar lo que hacía a través del cristal de la puerta del office.

Comenzó a abrir y cerrar todos los armarios y cajones como una posesa. Supuse que estaría buscando su botella de anís, ya que Isolina solía escondérsela para que no bebiera, pero ella se enfadaba tanto que al final terminaba siempre por dársela.

Cuando vi que comenzaban a volar ristras de ajos, cebollas, cazos y demás utensilios de cocina, temí que le diera uno de sus furibundos ataques. Pero, cuando por fin dio con ella, cesaron los ruidos.

Yo me agaché para que no me pillara espiándola, aunque podía oír los tragos de anís deslizándose por su garganta como el agua al pasar por una cañería atascada.

Glu-glu-glu...

Después escuché un grrruum terrorífico. Fue el eruc-

to más impresionante que jamás he escuchado, una suerte de trueno monumental.

Me mantuve agazapada un tiempo que se me antojó eterno, pero, cuando volví a asomarme, Encarna había sufrido una profunda transformación. Ya no estaba pálida y desencajada, sino que tenía los mofletes rojos y los ojos brillantes, parecía muy contenta. Tanto que se puso a cantar y bailar el *Porompompero*.

Yo no podía apartar los ojos de aquel trasero tembloroso que se movía al ritmo de la canción como un flan a punto de desmoronarse. Y de pronto, en uno de los porompomperos, cogió una de las croquetas que aún estaban sin freír y la estrelló contra el cristal de la ventana.

—Hip... Una *cocreta* de Cola-caos... Hip... Cola-caos... Hip... Bacalao... ¿Cuál es la diferencia? ¿No acaban las dos en ao?

Y vuelta a cantar. Con cada nuevo porompompero, estrellaba otra croqueta riéndose como una loca. Contra el cristal. Contra el techo. Contra la pared. Contra un armario...

La cocina empezaba a parecer un cuadro abstracto. Yo la contemplaba asombrada y a la vez sobrecogida por la inmensa fuerza de mi fe. Encarna ni se acordaba ya de mi cena. Y caso de que lo hiciera, la tenía pillada: había descubierto que las croquetas eran de Cola-caos.

Escuché el sonido de unos tacones. Por un momento

temí que mi madre entrara en ese preciso instante en la cocina y viera el cisco que había armado. ¿Qué ocurriría si lo hiciera?

Pero, por suerte, no fue ella la que entró, sino Isolina, que regresaba de su tarde libre.

—¡Ave María! ¡Que me aspen si lo que veo es cierto! —dijo santiguándose una y otra vez.

Con tanto espaviento, Encarna pasó de la alegría al llanto en cuestión de segundos y se espatarró en el suelo hecha un mar de lágrimas.

Esa escena me sobrecogió.

—¡Ave María! ¡Ave María! ¡*Todo o que has fuchicado!* —no cesaba de repetir Isolina—. ¡La cogorza que te has *agarrao!* No, si esto ya lo sabía yo: que el anís te llevaría a ti a la ruina. Mira que te lo tengo dicho, pero tú, nada, como si oyeras *chover*. Hasta que te pille la señora y te ponga de patitas en la calle.

Mientras Isolina trataba de ayudar a Encarna a levantarse, me escondí en el hueco que había entre la nevera y la pared. Desde allí la escuché decirle:

—Prométeme que no vas a volver a beber.

—¡*Arredemo!* ¿Y cómo quieres que me quite la pena tan grande que tengo por lo de...?

—¡*Chist, cala a boca, mulleriña!* A ver si va a oírte *a nena* -la interrumpió Isolina.

¿Qué secreto era ese que yo no podía oír? El mundo de los mayores estaba lleno de secretos.

Pero, por culpa de Isolina, me quedé con la intriga.

En cuanto se metieron en su cuarto, salí de mi escondite, agarré la botella de anís, y me la subí al mío escondida debajo de la bata. Allí la guardé en la cartera del colegio para que Encarna no pudiera encontrarla.

Una vez metida en la cama, me acordé de la niña que había visto en la ventana y pensé si no sería una de esas niñas endemoniadas de las que nos hablaba la Filo.

Me dio tanto miedo que me tapé la cabeza con las sábanas.